

ADIOS A DON JOSE MONTOTO Y GONZALEZ
DE LA HOYUELA

POR JOAQUÍN CARLOS LÓPEZ LOZANO

No era don José de gran talla física. Ni pequeño. Más bien de media talla. Cuando yo le conocí apenas si apuntaba su sordera. De sencillo, sencillísimo —y hasta descuidado— vestir, no le daba valor al dinero. Pero como nunca lo tenía en abundancia no era tacaño ni gastoso: presuponía que el resto de las gentes eran como él, ni ostentoso ni miserable. Sencillo. De una sencillez tan sencilla como pocas veces volví a encontrar a ningún sevillano. Tenía una pluma no ya fácil, sino facilona; facilísima. Empero era contradictorio, porque disponiendo de aquellas facultades rarísimas, solía emplearlas solo en ocasiones. Un día, cuando estaba entre nosotros en «El Correo de Andalucía», aquel gran periodista que se llamó Francisco de Luis y Díaz —residenciado durante nuestra última guerra en Sevilla después de su detención en Burgos, acusado de haber hecho un informe dirigido a Roma contra el materialismo de las organizaciones totalitarias de juventudes— cuando a la sazón impuso en el decano de la prensa sevillana los consejillos de dirección a semejanza de los que existían en «El Debate» que él rigió, al leerse un editorial que se le había encargado, quitándose sus quevedos, le dijo:

—Don José: ¡qué pluma la suya! El día de mañana nuestro Santo Patrón, San Francisco de Sales, a usted que no tiene ningún pecado, le pedirá cuentas por su abulia de pluma...

Era verdad. Una verdad andaluza, que aquel fenomenal periodista asturiano no podía comprender. Porque aquella

abulia era hija de la psicología de don José. Que era tan sencillo en la dirección del periódico que, salvo ocasiones muy excepcionales, no daba sensación de la autoridad que ostentaba. Y la ostentaba con humildad, dejando hacer a los demás a toda hora.

Desde que ingresé en «El Correo de Andalucía», entre sus confidencias nocturnales y los momentos de prueba que, juntos, atravesamos, supe de él cuanto podía saberse para, a estas alturas, bosquejar su silueta. A ello contribuyó el afecto que le guardaba desde la juventud, el entonces consejero-delegado de «Editorial Sevillana», Joaquín de la Cruz y Díaz. Ambos fueron compañeros de banca en los escolapios con hombres que después en el periodismo llegaron muy alto. Como Juan Carretero —mi primer director en «A B C»— y como Julián Carbó, compañero en el propio «A B C». Tan íntima y tan lejana era la amistad de don José, que Joaquín de la Cruz, un día en plenas confidencias, me explicó cómo don José, cuando ambos estaban en los escolapios, escribía una y mil veces: «Yo quiero casarme con Isabelita Flores...». Y con Isabelita Flores se casó bien pronto.

Don José había desempeñado la dirección de «La Información de Cádiz», periódico de derechas, en la Tacita de Plata. De aquella época databa su amistad entrañable con José María Pemán y la única aventura política de don José. Alistado en la Unión Patriótica, hizo la campaña electoral con Pemán por la provincia gaditana. El fue quien me contó que como iba de telonero en la referida campaña, como lógicamente los discursos se repetían, un buen día don José, que se sabía el de uno de sus compañeros de terna, lo largó al comenzar el acto y cuando le llegó el turno a su colega, éste se las vio y deseó para improvisar su discurso. Lo que sucedió después, entre bromas y veras, no quiero contarlo. El caso es que don José salió elegido para la famosa Asamblea Nacional primorriverista y que como tomó con parsimonia presentarse en la misma, cuando pasaba por Sevilla en el expreso, se enteró de que la Asamblea había muerto políticamente: «Lozano —me dijo con humor—, por eso yo no me apunto ahora a nada...».

En aquella época de la guerra civil, efectivamente, don José no actuaba políticamente, pero en ocasiones y en casa —como sus hijos mayores— se tocaba con una boina roja. No obstante actuaba siempre con una objetividad impresionante y jamás le observé una parcialidad dentro de las fracciones que animaban el alzamiento del 18 de Julio. Yo creo que aparte de su gran fe católica era en el fondo un liberal, un humanista. Las delaciones, los chismes y las quebrantías interesadas, le resbalaban olímpicamente.

A veces desaparecía como por encanto: había ido a Lora para reaparecer inopinadamente. El fue quien primeramente me metió en la cabeza los intríngulis de la aceituna de verdeo que por aquel entonces resolvía en la exportación los problemas de la precaria balanza de pagos. Don José, algunas noches acostumbraba a quedarse en mi despacho —en el suyo nunca— y se tumbaba en un incomodísimo sofá de cuero. Cuando yo le preguntaba cómo podía soportar aquella postura, me solía responder: «Lozano, es que usted no está acostumbrado a viajar en la «carreta» como yo...».

Por aquellas calendas hacíamos dos ediciones en «El Correo de Andalucía», matutina una y vespertina otra. Yo me pasaba la vida en el periódico embutido en un mono azul como redactor-jefe de ambas, realizador y hasta ajustador en un taller diezmado por la movilización militar. Los pocos ratos que estaba en la redacción los pasaba oyendo la radio —«aquellas radios que hablaban en idiomas extraños», como decía Ramón Resa—. Hasta que me busqué un refuerzo en Carlos Delgado que sabía el inglés como el que lava y que cuando le encargué la sección deportiva —porque yo no me podía multiplicar más— hizo famoso el seudónimo de «Kriterion».

De la facilidad de pluma de don José —nunca le apeé el don— valga esta anécdota. Eran ya las últimas charlas de Queipo de Llano y, como no teníamos taquígrafo en la casa, las tomaba Antonio Rubio y Sanz, un gaditano que había llegado a Sevilla entrando en «La Unión» para recaer en el órgano católico de la calle Albareda. Rubio, andaba por aquellos tiempos tan falto de sueño como de dinero y por las noches

cuando se ponía ante el aparato de radio se dormía a veces y después las pasaba ducas para, a mano, hacer el resumen, cosa que nos retrasaba el cierre lamentablemente. Una noche se lo dije a don José, porque la madrugada avanzaba y aún no tenía la charla para mandarla al taller. Hubo poco menos que inventarla, y a la noche siguiente don José entró sigiloso y sin que se diera cuenta el somnoliento redactor tomó «directamente» la charla, resumiéndola, y cuando acabó don Gonzalo su perorata me la entregó para componer: la había escrito como siempre solía hacerlo, con un lápiz de tinta. Y cuando se despertó Rubio le puso por delante las pruebas. El lance fue de órdago. Don José, en vez de reñir al redactor, soltó la carcajada como si hubiera hecho una chiquillada. Así era de infantil, de sencillo y de bueno.

Pero hubo un lance grave que nos obligó a convivir en Madrid durante unos días. Sucedió que en la croniquilla que había hecho Manolo Murga de un festival taurino habido en la Maestranza a beneficio de los huérfanos de la Policía Armada, el cajista que estaba corrigiendo las líneas —un sordomudo más bueno que el pan— se equivocó y entrometió una línea puramente taurina en el párrafo primero en el que se anotaba que la señora de don Ramón Serrano Suñer presidía el acto. Y allí fue Troya por el disparate de cuernos que se leía. De un plumazo nos suspendieron de empleo y sueldo a don José como director y a mí como redactor-jefe. Pese a los escritos y a que en Sevilla removimos Roma con Santiago, pese a nuestra inocencia, no había forma de que se deshiciera el entuerto. Y entonces acordamos don José y yo desplazarnos a Madrid bien pertrechados de varias cartas de recomendación, que consumimos a la postre sin encontrar ningún asidero válido, ni siquiera el del entonces omnipotente Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo Garay.

En una de esas gestiones —don José me echaba a mí siempre por delante—, cuando estaba en el antedespacho de Moscardó, a la sazón Jefe Nacional de Milicias, con su ayudante, Manolo Mora-Figueroa, tuve que renunciar a consumir la visita porque Manolo me anunció que el general iba a salir para la calle de Alcalá donde Ramón Serrano Suñer iba a pronun-

ciar un discurso histórico declarando la guerra a Rusia. Y por aquella circunstancia pude contemplar desde lejos, echado sobre la verja del ministerio de la Guerra, el ardoroso parlamento de Serrano, del que salió la «División Azul».

Regresamos cabizbajos y fracasados a Sevilla para consumir el último cartucho: darle cuenta de los hechos al cardenal Segura, quien despachó una carta a Madrid, como presidente nato de «Editorial Sevillana», S. A., pidiendo nuestra restitución y, caso contrario, amenazando con excomulgar a quienes fueran designados sucesores nuestros en la dirección y jefatura de redacción, así como a quien los nombrara. Y lo que no habíamos podido conseguir a fuerza de súplicas y de verdades lo consiguió el cardenal, retornando don José y yo al «Correo».

Mientras allí estuve conté siempre con él como maestro y como amigo, como conté siempre con el apoyo del Consejero-Delegado Joaquín de la Cruz y Díaz, con cuya amistad sigo honrándome.

Cuando ocupé la presidencia de la Diputación huelga decir que don José vino a mí pidiéndome que atendiera a Lora del Río, su pueblo natal, al que amaba como a las niñas de sus ojos al socaire de su devotísimo amor a la Virgen de Setefilla. Hice lo que pude y bien que me lo pagó con largueza la bondad amical de don José, en cuyas manos precisamente entregué las riendas de la presidencia de la Asociación de la Prensa y en cuya tarea don José se dio a conocer a muchas gentes que no le conocían, aunque parezca una paradoja, logrando dar cima a la construcción de viviendas y apartamentos en Matalascañas para los periodistas sevillanos.

Así hasta un mal día en que su naturaleza ya consumida por los años, a pesar de haber abandonado su afición a los cigarros puros, acabó por extinguirse y acompañé su última andadura por las calles de Lora del Río. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras había perdido a uno de sus numerarios y yo había perdido un maestro y amigo. ¡Dios le tenga en su gloria!